



Vicente Marrero y John Dos Passos conversan durante el II Encuentro Romano de la Cultura.

## CONVERSACION CON JOHN DOS PASSOS

Por VICENTE MARRERO

*17-XII-53*

**E**STE año, el II Encuentro Romano de la Cultura ha tenido su figura más sobresaliente en el novelista norteamericano John Dos Passos. Coincidimos en el mismo hotel y ello me dio ocasión de tratarle. Hemos cruzado juntos las calles de Roma y he presenciado su actuación en este congreso, que se celebró dentro de una circunstancia en la que resulta muy difícil que la obtenga cualquier tipo de reunión de intelectuales que no sea de pura "sinistra".

No faltan quienes afirman de John Dos Passos que, por asistir a actos como éste o por escribir en revistas como "National Review", no será premio Nobel como sus compañeros de generación Faulkner, Hemingway y Steinbeck. Situado, sin embargo, bajo la luz en que decididamente se ha colocado desde el fin de la última guerra, me parece más grande de lo que podía imaginarme.

No pensé nunca que fuera como es. Tiene uno la impresión de que le ha tratado toda la vida. Gran señor, educado en Harvard, después de una intensa experiencia ha madurado un pensamiento del cual su generosidad y su abierta sonrisa son muestras cautivadoras. Está actualmente en sus sesenta y siete años, que lleva con la elegancia de una "nonchalance" entre americana y latina. Habla un español perfecto, fluido, sin acento foráneo. Su semblante sereno posee la nor-

malidad benévola de ese buen vecino que todos los días tropezamos al entrar o salir de nuestra casa. Su cortesía, esmeradísima, contradice la proverbial desenvoltura de sus compatriotas, y su candor es el propio de un gran espíritu.

—Dos Passos es apellido portugués, ¿no? ¿Oriundo del Brasil?

—De la Madeira. Pero aprendí el español antes que la lengua de mis antepasados. También lo hablo mejor.

—¿Hace mucho que no ha estado en España?

—Estuve allí hace dos años. Alquilé un coche y la recorri con mi familia.

—¿Conserva usted todavía sus simpatías por Baroja?

—¡Ah, sí! También leo algunas cosas de los autores jóvenes españoles.

En la mesa, los gustos de Dos Passos son los de un "gourmet"; en la conversación, sus observaciones, las de un novelista de su talla. Y todo ello de la manera más ingravida y natural del mundo. Así, sin darnos cuenta, pasamos del vino de Castelli o de los "fettucine" de Alfredo al "prosciutto di parma", a los mariscos de Ribadeo, al dorado único de los árboles en el otoño de Virginia, del que sólo en Castilla ha visto algo que se le asemeje. Es halagüeño oírle explicar cómo España sigue siendo España, pese a tanto turista.

De los escritores que cita en la conver-

sación, sólo elogios hace. Encomia con cariño la bondad de Faulkner, un buen señor del Mississippi; el arte de Hemingway en sus novelas cortas; el humor de Sailer. Se interesa mucho por los autores jóvenes. Si se le habla de Samuel Beckett se cife a lo que conoce. Sólo recuerdo haberle oído expresar su desagrado ante... la teatralidad de la pintura de Rembrandt.

—Lo que yo entiendo por civilización —dice John Dos Passos— es la obra de un fermento divino. Mi opinión es que, al menos la civilización verdadera, está empezando a dar la respuesta al desafío del estado monolítico comunista y a su corolario, el estado burocrático socialista. Nuestro problema, hoy, es qué podremos hacer unos cuantos hombres de letras dispersos para formular y estimular esa respuesta.

—¿Desde cuándo tiene usted esa preocupación?

—Ha sido una evolución lenta. Desde que leí hace tiempo la obra de Julien Benda "La trahison des clercs". Ahora reconozco que el libro era algo superficial, pero su título sintetizó mi desilusión respecto a la mayoría de los hombres de letras que en mi juventud, cuando estudiaba en el "Harvard College", había tenido por grandes figuras. Su alegre desentenderse de las trabas de la razón y de la ética fue—y ahora está generalmente admitido—un verdadero atentado contra la

causa de la civilización. De aquella "humanité que faisait le mal, mais honorait le bien", hemos pasado a una Europa en la que puede decirse que "fait le mal et honore le mal".

Sus dedos tabalearon sobre los brazos del sillón.

—Hablaban usted antes de la necesidad de formular y estimular una respuesta ante ese estado de cosas.

—La tarea con la que nos enfrentamos es restaurar la primacía de los valores humanos y cristianos en las mentes y en los corazones de los hombres. En mi experiencia a través de una larga vida, las mujeres y los hombres sencillos, que hacen el trabajo del mundo y soportan las duras realidades de la vida, responden casi automáticamente a estos valores. Cuando uno incurre en ciertas sofisticaciones es cuando encuentra mentes que han perdido la capacidad de distinguir entre el bien y el mal.

—Precisamente es ése el tema de su conferencia: ¿qué debe hacer un escritor en el mundo de hoy?

—El hombre de letras, para ser útil en el mundo de hoy, ha de estar continuamente en guardia contra las deformaciones profesionales de su oficio. El hombre que vive exclusivamente detrás de una mesa o sobre los libros, ha de buscar a diario confrontaciones con la realidad para conservar su mente libre de los engaños u obsesiones de la actual demagogia. En otras palabras, tiene que encontrar cada día alguna nueva forma de decir la verdad.

—¿Cómo explica usted la dificultad de esa tarea?

Sus respuestas llegan rápidas como el rayo:

—El lenguaje, desde sus comienzos, ha servido para dos cosas: una, engañar, y otra, transmitir la verdad. Uno tiene que alcanzar una edad perfectamente madura antes de llegar a comprender plenamente cuán difícil es hacer lo segundo. Las mentiras son más fáciles. La verdad es difícil de alcanzar, y cuando uno consigue hacerse con fragmentos de ella es probable que la encuentre tan peligrosa como el "strontium 90". Hasta un minúsculo fragmento de verdad tiende a veces a producir una infracción del orden público. La Historia está llena de ejemplos de los peligros de decir la verdad, pero hasta que no alcanzamos la época de la educación y la comunicación de las masas no llegamos a la plena comprensión de la dificultad de descubrir la verdad para decirla. Si alguien le hubiera mostrado al hombre ineducado e ignorante de los viejos tiempos un cerdo, difícilmente lo hubiera confundido con una cabra. Hoy, con nuestras mentes continuamente adoctrinadas con tanta falacia que se estima de interés promulgar, uno no puede estar demasiado seguro, aunque sea intelectual universitario, de esa distinción.

—No es muy halagador que digamos su juicio sobre la formación universitaria y sobre el intelectual actual.

Tras un gesto entre irónico y dubitativo, y unos segundos de pausa, continuó:

—El hombre de letras—según el viejo proverbio—encuentra particularmente difícil decir la verdad y avergonzar al diablo, porque por la índole de su profesión él es un intelectual. Y los defectos de su manera de pensar, mezclados habitualmente con su arrogante desinterés por los procesos mentales del hombre medio, le encierran en un universo conceptual divorciado de la vida, tal como es ésta realmente. La verdad es siempre un descubrimiento. Los descubridores son gentes que ven las cosas antes de nombrarlas.

—¿Y, según usted, qué hacen los intelectuales?

—Para los intelectuales todo está ya nombrado. En las modernas sociedades

burocráticas, los intelectuales están llegando a ser una clase dominante que proporcionan a los mandarines los "slogans" y reclamos con los que se controla al público. El siglo XX puede quizá terminar siendo conocido por el siglo del intelectual. A medida que se aturden con el poder, la utilidad de la clase intelectual—como tal clase—para la causa de la civilización se hace más y más dudosa.

—¿Quiere usted ilustrar con algunos hechos lo que acaba de decir?

—Yo he estado bastante en Sudamérica durante los últimos años. Tengo ante mis ojos las Universidades de aquellos países, llenas de jóvenes seminstruidos que, además de ignorar por completo la conducta humana simple y vulgar, asimilan todos los "slogans" con que le nutren los agitadores marxistas. Precisamente, el éxito de los comunistas en aquellos países arranca de su atractivo sobre el desorientado intelectual. También tengo presente lo que sucede en las Universidades de mi país, donde se encuentra una mentalidad similar, aunque los ideales son menos drásticos. Yo creo que hay ciertas realidades simples, comunes a todos los hombres, sean cuales fuesen sus orígenes, sus ambientes o sus costumbres sociales. El hombre que humildemente busca estas realidades—habla ahora el novelista de la gente sencilla—pisa la senda firme que le conducirá a la verdadera observación del mundo que le rodea. Mas cuando pienso en la búsqueda de la verdad—es ahora el anglosajón quien habla—mi mente se vuelve a las afanosas investigaciones de los primeros naturalistas, a la actitud mental reflejada en el "Voyage of the Beagle", de Charles Darwin, o a la "Circulation of the Blood", de Harvey. El hombre de letras que será útil a la sociedad en nuestros días examinará los conflictos sociales con el ojo frío y ávido con que el joven Darwin examinaba una jibia o un insecto.

—¿Puede reducirse el problema a tales términos?

—Los términos que hemos de usar han sido tan mutilados por las lenguas de los políticos que uno difícilmente puede pronunciar las grandes y antiguas palabras, como libertad y democracia, sin un apologetico rubor. Es hora de mirar los fenómenos sociales y políticos con ojos nuevos. El campo está abierto ciertamente a las ideas frescas.

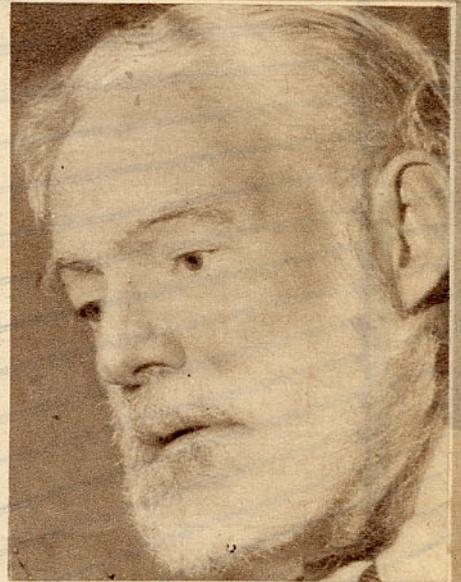
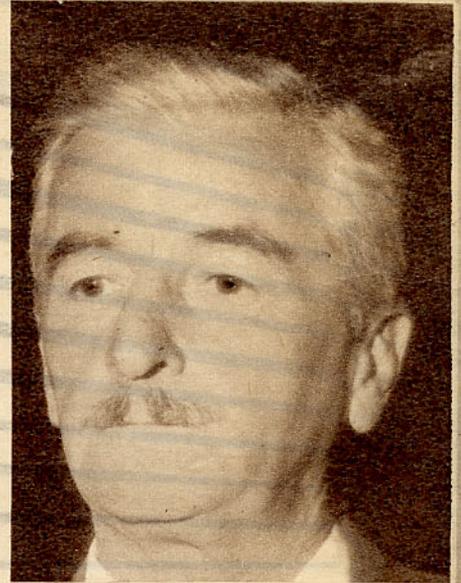
—¿Qué opina usted de la guerra ideológica?

—La estrategia principal de nuestros dirigentes en la guerra ideológica ha sido no dar la cara a los hechos y, una vez que éstos fueron admitidos, no actuar en la forma que los mismos exigían en numerosos campos. Una especie de calma ha descendido sobre el mundo. Los pueblos bajo la soberanía marxista parecen haber agotado su entusiasmo por la lucha ideológica. Uno recuerda la triste calma que descendió sobre Europa cuando las luchas religiosas comenzaron a desaparecer. Quizá frescas voces puedan hacerse oír. Deberán hablar alto y pronto porque la calma no puede durar mucho. En general es éste un tiempo interesante para vivir. Por ello me gustaría ser mucho más joven.

—¿Qué escribe usted ahora?—le preguntamos finalmente.

—He interrumpido una novela para terminar, por encargo de mi editor, la segunda parte de mi "Vida de Jefferson".

Hemos dialogado, hasta aquí, con uno de los más célebres novelistas de nuestro tiempo. Uno de esos escritores que, por sus innovaciones técnicas, está en la línea de los grandes experimentadores literarios del siglo en que vivimos. Su sonrisa ancha y su mano abierta, rubrican hoy, como ayer, nuestra entrevista.



No faltan quienes afirman de John Dos Passos que no será premio Nobel como sus compañeros de generación Faulkner, Hemingway y Steinbeck.